3

ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALLADOLID

PARA EL CURSO ACADÉMICO DE 1862 Á 1863,

POR EL SEÑOR

DR. D. LEONCIO SANCHEZ DE OCAÑA,

Catedrático de Medicina de dicha Universidad.

VALLADOLID:

Imprenta de Lucas Garrido, 1862.

Ilmo. Señor:

Nosce te ipsum
Nosce Deum.

El cumplimiento de un deber reglamentario disculpará que en acto tan solemne eleve mi voz en este sagrado recinto, en el que aun no se ha estinguido el eco de la de los eminentes Profesores que me precedieron: lejos de mí la orgullosa pretension de querer competir con sus sábios y elocuentes discursos. Por el contrario, Ilustrísimo Señor, convencido de mi insuficiencia, me atrevo á pediros toda la indulgencia que necesito, y que no dudo me concedereis, porque de los sábios es ser tolerantes, y porque vuestra ilustracion ha tocado y vencido felizmente las dificultades que hoy desalientan á mi

espíritu. Y vosotros, jóvenes apreciables, que acudís con ardiente fé á oir las lecciones de vuestros maestros, dispensadme tambien vuestra gracia, sinó por el mérito de mi discurso, sea al menos por el objeto á que se dirige.

Ageno es á él analizar con severa crítica las diversas opiniones emitidas acerca del orígen de las ciencias; este se pierde en la oscuridad de los siglos, y su cuna, semejante al nacimiento del Nilo, se oculta misteriosa á nuestras investigaciones; así es, que mientras los partidarios del Egipto, de la Asiria y de la India se disputan la primacía, Bailly señala un pueblo desconocido, tal vez fantástico, atribuyéndole la gloria de haber creado en su seno las ciencias mucho antes que ningun otro, esparciéndolas despues por las otras tres partes del mundo.

Tampoco espondré las diferentes fases porque las ciencias han pasado hasta nuestros dias, manifestando su desarrollo, su apogeo, su decadencia y su ruina.

No las seguiré en el asilo que la Arabia les dispensó, ni si los resultados correspondieron á los esfuerzos y proteccion dadas por los Califas: dejemos á los historiadores dilucidar estas

cuestiones, ocupándonos tan solo del objeto de nuestro discurso.

Grandioso y sublime, es sin disputa, considerar todas las ciencias y las artes formando un enlace, un conjunto indivisible, ó como las ramas, que partiendo de un mismo tronco se hallan mas íntimamente unidas por sus frutos destinados á constituir la perfeccion y bienestar del hombre. Esta idea del célebre Bacon ha sido desarrollada por los filósofos modernos; mas para hacer aplicacion de ella es indispensable el conocimiento íntimo del hombre, verdad conocída de los antiguos filósofos griegos, cuya grande idea representaban con la máxima *Nosce te ipsum*.

Si el grande objeto, si el principal fin de los preceptos filosóficos es la felicidad humana ¿puede conseguirse sin el profundo estudio del hombre, de su corazon y de su conciencia? No, Ilustrísimo Señor, y así lo creian esos grandes hombres de la antigüedad declamando con voz fuerte que su estudio no se limitase á su tosca apariencia, y que no fuese puramente material: *non figuram, non statuam*, decia Ciceron; no le ligaban á un solo punto, sino que compren-

dian deber abrazar toda su existencia y las influencias que sobre ella se pueden dirigir constituyendo la *ciencia del hombre*, como la llama Cabanis. Y por una fatalidad inconcebible, sin embargo del interés que tenemos en conocernos, del tiempo transcurrido y del efectivo progreso de las ciencias, puede asegurarse que nada se conoce menos que al hombre, á quien por otra parte todas las ciencias y artes tienen por objeto; y no creo posible llegarle á comprender sin el estudio de las ciencias fisiológicas, pues que ellas se ocupan no solo del hombre físico, sino tambien del hombre moral y de sus pasiones, del poder intelectual, ó de la razon obrando.

No negaré, Ilustrísimo Señor, que se ha abusado del estudio físico del hombre, pero estoy íntimamente convencido que ha sido mayor el abuso que se ha hecho de su ignorancia; porque el estudio fisiológico de sí mismo es un arma cuyo temple hace al hombre invencible á los bruscos ataques de la seduccion, dándole á la vez el hilo de Ariadna que le sirve de guia en el enredoso laberinto de la hipótesis. Todos los sistemas filosóficos, tanto antiguos como mo-

dernos han apelado en su institucion á la ciencia del hombre para cimentarse. Y la Filosofía como la Medicina buscaron en ella verdades prácticas que sostuviesen sus teorías. La Historia y la moral ambicionaron tambien el estudio del hombre para fundar las congeturas mas peregrinas.

Los sábios de Grecia lo mismo que Pitágoras, este como Platon, Aristóteles como Epicuro, Gasendi como Cenon, Bacon y Locke como Condillac y Kant, todos vieron en la historia del hombre irrecusables pruebas de sus sistemas. De la misma manera que Diderot y Dumarsais, Hollack, Cabanis y Brousseais se acogen á la observacion y á la esperiencia para deducir de la fisiologia sus doctrinas, así Galeno y Paracelso, Hofman y Boerhave, Brown y Beaumé, Tomasini, Rasori y Hahnemann apoyaron sus contradictorios sistemas en el conocimiento del hombre.

En medio de tan variadas hipótesis, de tan diversas teorías que sucesivamente han cambiado la faz de las ciencias, brillan algunas verdades fundamentales, que para reconocerlas entre los muchos errores que contienen se necesita un

guia, una luz, y la fisiología razonada será el faro que á ello nos conduzca.

Si Descartes creyó que en la Medicina debian buscarse los medios de perfeccionar la especie humana, y si este filósofo no tomó esta espresion por el arte de curar, sino por el mas detenido y profundo exámen del hombre en todos sus estados y posiciones; nosotros añadiremos que este exámen nos conduce al conocimiento de la razon, al de los deberes sociales, y al del que nos obliga para con el poder superior y omnipotente de Dios, y tendremos necesariamente que convenir con el sábio Fray Luis de Granada y con el gran Bossuet en que: «La sabiduría consiste en conocer á Dios y conocerse á sí mismo, que el conocimiento de nosotros mismos nos eleva al conocimiento de Dios, y que para conocer bien al hombre es necesario saber que está compuesto de dos partes, *alma y cuerpo.*» Hay, pues, tres cosas que considerar en él, su alma y su cuerpo separadamente, y la union de ambas cosas: esta es sin disputa la base de la buena filosofía.

El estudio del hombre no se ha comprendido así, no, Ilustrísimo Señor, se ha dedicado

esclusívamente al hombre físico, y de aquí la discordancia que se observa entre el progreso material y el progreso moral. La idea dominante de la moderna civilizacion es acrecer el bien estar y los goces de la vida material. Todos los esfuerzos se han vuelto hácia la industria porque en ella fundan el progreso. La industria es, segun sus doctrinas, la vida de los pueblos, y á su desarrollo llaman todas las voluntades, todos los talentos, todas las inteligencias de los que aspiren al honor de contribuir á la regeneracion social.

Así es, que las ciencias filosóficas que abrazan en su vasto círculo las Matemáticas, la Física, la Mecánica, etc., cuya importancia no puede menos de reconocerse, despliegan todos sus recursos para aumentar un nuevo placer á la vida material de los individuos.

Nuestra imaginacion se vé diariamente sorprendída con maravillosos inventos. Ya un nuevo elemento de locomocion, superando ventajosamente á los conocidos hasta el dia, hace mover enormes masas: ya se procura facilitar las relaciones de pueblos estremadamente opuestos, intentando la reunion de dos mares separados

por barreras y obstáculos inaccesibles: ya se hacen desaparecer los millares de leguas que separan los dos mundos, cruzando el Océano con los cables telegráficos; ya colosales montañas, donde jamás osará el hombre poner su planta, son perforadas ofreciéndole fácil paso. Y no satisfecho con los actuales progresos en la navegacion intenta establecer la sub-marina, descendiendo á las profundidades del mar con el *ictineo* ó *barco pez*.

Dueño el hombre de la materia del rayo la dirige á su voluntad, la aplica á las ciencias y á las artes, y no es posible calcular hasta donde nos conducirá este descubrimiento.

Reduce el agua á vapor y por su medio traslada con la rapidez del aire ejércitos numerosos, pueblos enteros.

Si tendemos la vista en nuestro derredor vemos que todo ha cambiado; el aspecto de las ciudades, la vista de los campos, el curso de los rios, los trabajos de las poblaciones, los productos de su suelo y de su industria, todo, en una palabra, ha tomado una fisonomía nueva.

Envanecido el hombre en medio de sus brillantes conquistas sobre la materia, se conside-

ra el rey de la creacion al verse cercado de tan poderosos elementos: pero ¿es por ventura soberano absoluto de ellos? No, ciertamente, Ilustrísimo Señor, porque es arrastrado no pocas veces por la impetuosa violencia de estos huracanes artificiales, y ¡ay de su vida si cede un resorte, si falta una válvula, ó si el vapor encuentra algun obstáculo! Entonces el invento desaparece con los ayes de las víctimas entre las nubes de humo de la veloz locomotora. Se vé, pues, que el hombre en medio de estos progresos, es esclavo de sus mismas obras: y no se nos diga que al mismo tiempo ha inventado los medios de dominarlos, como las válvulas de seguridad, los frenos que paran los trenes en su impetuosa carrera, los aisladores para evitar los golpes eléctricos; porque todos ellos dan un resultado incompleto. Disminuyen el peligro pero no lo evitan, porque una causa oculta, inesperada ó irresistible viene á reproducir la catástrofe de Richmann, marcándose la mano de Dios en tan dolorosa leccion.

Estoy muy lejos de combatir ni aun censurar los progresos que tienen por objeto los placeres de la vída. No quiero someter la sociedad

actual al género de vida de los antiguos Eremitas, ni es posible renovar hoy la severidad de costumbres de la rígida Esparta; por otra parte es sabido que las virtudes cristianas no son incompatibles con el progreso material, ni se oponen á la civilizacion y cultura; solo censuro y combato la preponderancia que se da á la materia sobre el espíritu, al interés sobre la virtud, al placer sobre la moralidad. Es repugnante la discordancia y contradiccion que se nota entre los dos elementos que constituyen el verdadero progreso. La dolorosa antítesis que se observa entre la civilizacion moral y material, solo puede desconocerla la preocupacion ó la ignorancia ó el ciego fanatismo de los adoradores de la materia.

Estos dos elementos son, Ilustrísimo Señor, como las dos ruedas maestras de una gran máquina que para dar resultados es indispensable marchen paralelas y uniformes.

Si en el hombre no considerase mas que materia, si mirase como una quimera la espiritualidad del alma, si no creyese en una vida eterna, entonces abonaria por el progreso material, mirando sus goces como la única felicidad á que deberia aspirarse en el mundo.

Pero no es así, Ilustrísimo Señor, como le considero, y por lo mismo le creo destinado á desempeñar mision mas noble, mas sublime que la de los goces materiales. Quédese para los delirantes cerebros de algunos filósofos no ver en el hombre mas que materia; déjese que otros le consideren como el animal mas estólido de la creacion, ó á los que en su misantrópica locura le juzgan destinado á la vida salvaje.

He dicho que el conocimiento del hombre comprende el del cuerpo ó sea el de su organizacion; el de la razon obrando, ó sea el de su parte espiritual.

Las formas físicas que por el estudio anatómico del hombre observamos en su organizacion, comparada con la de los animales, nos obligan contra la opinion de Moschati y Mombaldo á considerarlas como suficientes para colocarle en una clase particular, constituyendo un género único, que en vano se intenta reunir eslavonándole en la escala Zoológica; sin que por eso se niegue existen semejanzas; asi que tanto en el uno como en los otros encontramos cuerpo, materia organizada, sentidos, músculos, sangre, movimientos, etc.

Sería enojoso, Ilustrísimo Señor, detenerme á demostrar los caractéres orgánicos que le diferencian; por lo mismo, vuestra ilustracion me dispensará lo haga á grandes rasgos: la cabeza (1), el pecho, las nalgas, los homoplatos, los brazos, los piés, etc., nos los presentan inequívocos, constituyendo atributos peculiares á él, como ser el único bípede y bimano. No son estos los únicos caractéres por los que deba separarse del resto de los animales: las superiores facultades de que se halla adornado le constituyen en un ser racional, por lo que tampoco estoy conforme con la clasificacion que hace Lineo en su sistema de la naturaleza, colocando al hombre en la familia de los prímados, constituyendo las dos especies de *homo sapiens* y *homo troglodita*; porque siendo la racionalidad esclusivo atributo del hombre, en él principia y con él concluye, y no es posible admitir clases intermedias.

Las breves indicaciones que del estudio material del hombre llevamos hechas, no solo nos

(1) Sin que por esto admitamos de un modo absoluto que las ramas del compás ó el platillo de una balanza, nos pueden dar idea de los grados de inteligencia del hombre, porque esto sería igual á admitir que el chacalote, la rata y el gorrion eran los animales mas inteligentes.

obligan á colocarle en una clase especial, sino que tambien nos conducen al estudio de su razon, ò sea á la existencia de su alma, pudiendo decir con los antiguos, el hombre es una singularidad en el mundo: *hominem esse mundi quiddam compendium* ó *magnum profundum est homo*.

Solo por una aberracion del entendimiento, ó por un interés malicioso ha podido negarse la existencia del alma, confundiendo las superiores facultades del hombre con las animales, quedándole reducido á la pura animalidad. Pero cualquiera que sea, Ilustrísimo Señor, la degradacion morbosa ó social á que el hombre llegue, jamás el verdadero filósofo podrá equivocarle con ninguno de los brutos, de los cuales la naturaleza lo ha separado por una barrera inaccesible, cual es la razon, que el animal no posee.

Algunos filòsofos parece han tenido un deseo de humillar la especie humana hasta el punto de hacerla desconocida. Razona el hombre y profundamente medita, se instruye y se perfecciona; mas á pesar de un ejemplo tan marcado de su racionalidad, esta ha sido negada.

El hombre, dice S. Agustin, es un alma racional que ejerce sus funciones por órganos terrestres y mortales: este mismo pensamiento le espresa Bonald diciendo: el hombre es una inteligencia servida por órganos. Y no se crea esta doctrina altamente ortodoxa, porque el ilustre Buffon no vacila en decir que, «por lo »que hace á la existencia de nuestra alma, nos »está perfectamente demostrada, ó por mejor »decir, esta existencia y nosotros somos una »sola cosa: *ser* y *poder pensar* son para nosotros »lo mismo; y esta verdad es íntima y mas que »instintiva.»

Sería en estremo difuso y ageno á este discurso en aducir pruebas y mas pruebas de la existencia de nuestra alma, contentándome, por no cansar vuestra atencion, Ilustrísimo Señor, con añadir á las ya citadas, que por la razon se eleva el hombre á la consideracion de lo pasado y del porvenir, lo une á lo presente, compara, deduce y prejuzga de lo futuro. Por ella tiene idea de lo limitado y de lo infinito, del tiempo y de la eternidad, de lo supremo y de lo ínfimo, del bien y del mal, de la virtud y del crímen. Por ella es capaz de un lenguaje espre-

sivo, maravilloso esfuerzo del entendimiento humano.

Si el estudio material del hombre nos conduce al de su racionalidad, éste nos hace admitir la existencia de un Dios Omnipotente, cuya verdad es de aquellas que basta ser enunciada para admitirla, porque se halla grabada mas que instintivamente en el corazon del hombre la existencia de un ser superior á él, cualquiera sea el nombre que le haya dado y culto que le tribute: asi es que desde el inculto salvage hasta el mas ilustrado Europeo le reconocen y rinden adoracion bien le llame *acaso* con el salvaje del desierto, bien en el progreso del espíritu humano entreviera la omnipotencia del criador y concibiese la idea de un Ser supremo: es *Brama* el dios de los indios, que toma el nombre de Júpiter para los griegos, y que una filosofía religiosa mas perfecta le llama *Jehová* el *Todopoderoso*. No es ya un ciego *acaso* el que arregla los destinos del mundo, es la *Providencia divina*. Ella es la causa primera de todos los fenómenos que observamos en la naturaleza, pudiendo decir con mucha propiedad lo que Keratri: «Yo busco por todas partes la

»causa y no veo en ninguna mas que los efec»tos. El motor universal, el Ser existente por »sí mismo y eternamente creador, Dios, se hace »conocer en todas partes y en toda la naturale»za, que no ha creado muerta, inerte, ni estéril, »y sí dotada de animacion y de vida.»

Al contemplar la creacion, al reconocer el órden y armonía del Universo, al apreciar las leyes constantes que le rigen, estudiando los diversos séres que le pueblan y al hombre mismo, tendrémos que decir con Virey: «Cuanto »mas descendemos en este profundo y misterioso »abismo, menos nos es conocida la estructura »de los séres sin una potencia inteligente, sobe»ranamente activa, sin este *primum movens,* »centro de accion de todo el Universo que im»prime movimiento á los soles y á los astros, »lo mismo que al imperceptible insecto que »bajo el polvo se agita: nada concebimos sin »un Dios.»

Hasta en esos cataclismos que ha sufrido el globo y que á primera vista parecen debidos á un trastorno de las leyes del Universo, estudiándoles detenidamente y penetrando en las ruinas que produjeron, observarémos que son

debidos á leyes fijas que puestas en juego darán siempre los mismos resultados reconociendo en ellas la mano del Supremo Criador.

De lo expuesto se deduce fácilmente que el conocimiento del hombre y de cuanto puede influir en su existencia, no puede adquirirse sino por los estudios fisiológicos, que estos nos elevan al conocimiento de Dios, y por lo mismo que será escasa toda recomendacion qué de aquellos hagamos.

Estoy persuadido que todos los que se dedican al estudio de las ciencias debian comenzar pór conocer fisiológicamente al hombre; todos estudiar esta obra preferente de la Omnipotencia, tanto el que se ocupa de la ciencia superior de Dios y de las inteligencias como el que estudia las facultades del pensamiento analizando sus actos; lo mismo el que profundiza en la naturaleza de las acciones humanas, que el que debe proteger la Sociedad estableciendo el imperio de la justicia. Yo espero, Ilustrísimo Señor, que el tiempo y la esperiencia no tardarán en demostrar que la Fisiología es la introduccion de todas las ciencias: á creerlo así me anima el ver que en los establecimientos de